

FRANCISCO PÉREZ RUIZ, S.J. *

SÉ LO QUE ERES

La existencia humana misión personal

1. NADA MÁS SORPRENDENTE QUE EL HOMBRE

Antígona es indiscutiblemente una de las obras maestras del teatro griego. Representada por primera vez el año 440 a.C., fue una de las obras que con más gusto volvían a ver los atenienses. Sófocles llegó con ella a la cumbre de su popularidad y en ese mismo año fue elegido estratego. Un siglo después, en 343, Demóstenes podía referirse a ella como a obra representada numerosas veces por los mejores actores de su tiempo y cuyos versos más famosos eran conocidos de memoria por sus oyentes¹. También en la cultura posterior encontramos señales de predilección por esta obra. En Italia Alfieri (1749-1803) compuso una obra inspirándose en ella y lo mismo han hecho más recientemente Anouilh en Francia (1942) y Pemán en España (1945). Y en Alemania Hölderlin la tradujo en verso, y Mendelson (1809-1847) en la época romántica y

* Profesor Emérito. Universidad Sophia (Tokyo).

¹ Cf. DEMÓSTENES, *De falsa legatione*, 246. La citas de obras clásicas (latinas o griegas) se hacen todas según el original correspondiente en la colección Budé.

C. Orff en la contemporánea han compuesto música para esa famosa traducción que trata de reproducir el ritmo del original griego.

Dentro de esta obra maestra de Sófocles encontramos un célebre *estásimo* dedicado a cantar, no sin cierto dejo de tristeza y religioso temor, el ingenio extraordinario del hombre². Sus primeras palabras («Muchas son las cosas que dejan pasmados de estupor y ninguna hay que lo sea más que el hombre») son bien conocidas y conservan hoy toda su actualidad. Cuando se trata de reflexionar sobre los problemas más fundamentales de la existencia humana, será siempre importante darse cuenta con sorpresa de la existencia de cosas maravillosas y de que el ser humano ocupa el primer lugar entre ellas. Es verdad que en el mundo actual la capacidad de admirarse profundamente de algo se ve con frecuencia embotada por otras cosas que privan del *ocio* necesario para ello. Pero precisamente por eso hay que insistir con fuerza en su necesidad e importancia. Por eso vamos a reflexionar nosotros expresamente sobre el carácter sorprendente de la existencia humana, tomando en serio las consecuencias que se siguen de su atenta consideración.

Dejando de momento a Sófocles y su canto, sobre el que convendrá volver de nuevo más adelante, vamos a fijarnos primero en algo verdaderamente sorprendente que de diversas formas se ha dicho y se sigue diciendo sobre el hombre. Los autores alemanes (p. ej., Heidegger o Jaspers) lo expresan con las palabras «Werde was du bist» («Trata de ser lo que eres»); pero el pensamiento fundamental que expresan esas palabras es mucho más antiguo que su versión alemana. Ya en latín existe desde antiguo la expresión «Esto quod es» («Sé lo que eres») y mucho antes encontramos ya en griego las célebres palabras de Píndaro (522-448 a.C.) «Ojalá llegues a ser cual eres, ya que has llegado a saberlo»³.

En concreto las palabras de Píndaro se dirigen a un atleta que ha conseguido triunfar en los juegos píticos y lo exhortan a ser fiel a su propia naturaleza, cuyas posibilidades atléticas acaba de conocer por experiencia, pero merecen ser citadas como expresión de algo más importante y universal. Todos tenemos necesidad de esforzarnos por ser fieles a las exigencias de la propia naturaleza tratando de realizar las mejores posibilidades que tenemos. Lo que Píndaro dijo a ese atleta totalmente

² *Antígona*, 332-376. El término de que se sirve Sófocles en esta ocasión puede referirse a lo que llena de estupor por su extraordinaria excelencia o por su horrible malicia. En la traducción no hay humanidad, traduciendo unos, por ejemplo, «cosas misteriosas» y otros «cosas admirables».

³ PÍNDARO, *Pítica*, 2, 72.

desconocido para nosotros, es algo que todo hombre puede y debe tomar como dicho para sí mismo.

Ahora bien, si nos fijamos con atención, las palabras de Píndaro, y las otras más o menos semejantes que hemos indicado previamente, sólo pueden tener como objeto al hombre. No sólo porque es el único ser de este mundo que puede comprender el sentido de una exhortación, sino porque además es el único que está expuesto al peligro de no obrar según las exigencias su propio ser. Por eso tiene necesidad de que se le exhorte a evitar un peligro, que no se da en los seres inertes, privados de todo dinamismo evolutivo, ni tampoco en los que lo poseen sólo en un nivel infrahumano, sin libertad ni responsabilidad. Todos esos seres obran siempre como corresponde a su naturaleza y realizan infaliblemente las posibilidades concretas que realmente tienen. Por eso nadie siente la necesidad de decirles algo semejante a lo que vemos que se ha dicho y se sigue diciendo al hombre. En él ese peligro y esa necesidad son fruto de su excelencia y de su imperfección. Por su excelencia puede conocer sus posibilidades y enfrentarse con ellas de modo libre y responsable. Y por su imperfección está expuesto al peligro de abusar de su libertad y no responder como debe a las exigencias de su propio ser. Todos sentimos espontáneamente que existe ese peligro y sabemos además que responder con plenitud a las exigencias de la propia naturaleza humana no es empresa fácil. Por eso no nos extrañamos cuando se nos dice que debemos tratar de ser realmente lo que en el fondo somos, por más que esas palabras, tomadas superficialmente, parecerían contener una clara contradicción, ya que nos dicen que tratemos de ser lo que ya somos.

2. CONÓCETE A TI MISMO

Quien toma en serio la obligación paradójica de tratar de ser lo que ya es, se ve obligado a comenzar por preguntarse por su propio ser, pues la verdad es que no lo conocemos suficientemente. Esa es indudablemente una de las sorpresas más profundas de la vida humana. A pesar de la identidad innegable que descubrimos en el conocimiento reflejo del propio ser (el sujeto y el objeto de ese conocimiento es el mismo), estamos muy lejos de conocernos a fondo y además estamos expuestos al peligro de andar tratando de conocer una infinidad de cosas distintas y olvidándonos de la necesidad de preguntarnos por nuestro propio ser. Por eso una de las palabras más famosas del pensamiento griego que si-

que resonando con fuerza através de los siglos es el precepto «conócete a ti mismo»⁴. Inscrito originariamente en el templo de Apolo en Delfos, se vio fuertemente recalcado por Sócrates y Platón⁵.

De entre las muchas cosas que sobre él podemos encontrar en los escritos platónicos vamos a fijarnos aquí sólo en un par de puntos importantes. Uno lo encontramos al comienzo del *Fedro*, donde Sócrates confiesa que no tiene tiempo para ocuparse de una serie de cuestiones eruditas sobre la interpretación de ciertos mitos por estar ya bastante ocupado tratando de ver primero qué es él mismo según el precepto delfico⁶. El peligro de emplear todo el tiempo en investigar cosas de importancia en último término secundaria y olvidar por completo lo más importante ha existido siempre y lo hace de modo especial hoy. Y ese descuido puede tener graves consecuencias en el modo de vivir y de obrar no sólo en privado sino también públicamente. Pues también lo que uno hace o debe hacer por la sociedad de que forma parte depende de lo que es el hombre.

Quien está tan ocupado trabajando por los demás que no tiene tiempo para preguntarse de alguna manera en serio sobre lo que en realidad es el hombre, se expone al peligro de trabajar por los demás de un modo que en realidad no sea para su bien. Precisamente este es otro de los puntos que encontramos recalcado con fuerza en los escritos de Platón. De modo especial cuando exige al joven Alcibíades, y a todos los que pretendan como él dedicarse a los negocios públicos de su ciudad, que comiencen por conocerse bien a sí mismos, ya que es imposible tratar debidamente de las cosas del hombre descuidándose del hombre⁷. Y explicando más concretamente el problema, insiste Platón en que, tanto para uno mismo como para la ciudad en que vive, lo más importante no es tener medios para hacer lo que quiera sino ser capaz de usar siempre bien los que de hecho pueda tener. Por eso hay que reconocer que ni murallas ni naves de guerra, ni cualquiera otra cosa, aprovecha verdaderamente a la ciudad, si carece de virtud, y que lo que ante todo hay que procurar para sí mismo y para la propia sociedad, no es fuerza ni poder, sino justicia y prudencia⁸. Este ideal socrático-platónico parece-

⁴ La forma ordinaria en latín es *nosce teipsum*. Cicerón dice sólo *nosce te* (*Tusculanae disputationes* I, 22-52).

⁵ Cf. PLATÓN, *Teeteto* 174b comparado con 175c (profunda diferencia de actitud en este aspecto entre el filósofo y el hombre mundano).

⁶ *Fedro*, 229e-230a.

⁷ *Alcibíades* I, 134c.

⁸ O.c., 134c-135a.

rá difícil de aceptar a quien esté dominado por las pasiones y sólo se preocupe de sus propios intereses mundanos. Pero un examen sereno de las cosas hace ver el valor de ese ideal y una infinidad de hechos en la vida de individuos y sociedades lo confirman, haciéndonos ver con claridad adónde suele llevar el poder cuando no está acompañado de virtud. Reconociendo pues expresamente la importancia del conocimiento de sí mismo también para la acción social y que esa importancia, lejos de disminuir, aumenta con el aumento de medios que uno pueda tener a su disposición, volvamos de nuevo al pasaje de *Antígona* que nos sirvió de punto de partida.

3. EL ESTÁSIMO DE ANTÍGONA

Tratemos de ver con atención lo que nos dice Sófocles sobre el hombre en ese célebre canto. En tres estrofas de bella poesía hace desfilar ante nosotros las diversas conquistas del hombre. Primero lo vemos dominar el mundo inanimado⁹. Después, apoderarse de los animales que lo pueblan y ponerlos a su servicio¹⁰. Finalmente, lanzarse por el mundo del espíritu aprendiendo la palabra, el pensamiento, las costumbres civilizadas y remedios contra enfermedades, pero sin poder hacer nada contra la muerte¹¹. A continuación, en la cuarta y última estrofa, nota con un profundo dejo de tristeza que esa ingeniosidad le sirve al hombre unas veces para el bien y otras para el mal, y termina deseando que sea castigado quien obra el mal y que nada tenga que ver con uno mis-

⁹ *Antígona*, 332-340 («Muchos son los misterios; nada más misterioso que el hombre. Él cruza la extensión del espumoso ponto, en alas del noto proceloso, y lo surca oculto entre olas que braman a su derredor. Y a la más venerada de las diosas, a la Tierra, a la incorruptible, a la infatigable, la va él fatigando con el ir y venir de los arados, año tras año, trabajándola con la raza caballar») (Tr. Errandonea, Barcelona 1965).

¹⁰ 341-352 («Las bandadas de aves de tornadiza cabeza él las envuelve y apresa, y al tropel también de fieras montaraces, y a los seres que pueblan el hondo mar, en las mallas de sus labradas redes, ¡hombre ingenioso por demás! Él domeña con su industria a la fiera que se pasea salvaje en las montañas, y enfrena al corcel de hirsuta cerviz sujetándola al yugo domador, y no menos al toro indómito»).

¹¹ 353-363 («Él se ha procurado el lenguaje y los alados pensamientos, y los sentimientos que regulan las naciones, y sabe esquivar los dardos de los hielos insufribles a la intemperie, y el azote de las lluvias. Inexhausto en recursos! Sin recursos no le sorprende azar alguno. Sólo para la muerte no ha inventado evasión. Y sabe escapar de las enfermedades, aun de las más rebeldes»).

mo quien así lo hace¹². Resumiendo brevemente podemos decir que este canto es expresión profunda de la excelencia y problematicidad del hombre. Por su excelencia ontológica como ser racional puede dominar a otros seres, ponerlos a su servicio y desarrollar su propia existencia en un plano superior, que le permite librarse de muchos inconvenientes y peligros. Pero esa excelencia no lo pone al abrigo definitivo de la muerte, ante la que se encuentra impotente, y sobre todo su excelencia se encuentra marcada por una profunda ambigüedad, ya que la libertad que tiene como ser humano puede convertirse en una bendición o en una calamidad, según sea el modo de usarla. Por eso el valor definitivo de la vida humana depende de si está al servicio del bien o del mal.

Más de veinticuatro siglos nos separan de Sófocles y en ellos han aumentado extraordinariamente las posibilidades del ingenio humano en el dominio técnico de la naturaleza y en el desarrollo de la civilización humana, pero todo ese progreso está esencialmente en la misma línea y por eso las palabras de este canto se pueden considerar también como expresión profunda de la situación en que se encuentra el hombre actual. Los barcos primitivos de aquella época expresan ya fundamentalmente la libertad y fecundidad del ingenio humano para superar los límites que parecería imponerle el mundo natural en que nace. En ese sentido coinciden esencialmente con las naves interplanetarias que hemos llegado a conocer recientemente. Lo mismo puede decirse de la agricultura primitiva de entonces comparada con los medios mucho más refinados con que la técnica moderna saca de la tierra lo que necesita para la vida humana, y también de toda la vida cultural y social del hombre civilizado. Pero sobre todo conviene notar la coincidencia profunda en cuanto a la limitación insuperable que sigue suponiendo para el hombre la muerte y en cuanto a la problematicidad radical del ingenio humano y de todas sus conquistas, que pueden verse puestas al servicio del bien o al del mal. Por eso el problema fundamental para el hombre actual sigue siendo el de poner al servicio del bien todo lo que es y todo lo que puede.

¹² 364-375 («Dotado de tan sagaz inventiva, industriosa por demás, unas veces hacia el mal, otras veces se desliza en el bien. Si armoniza las leyes de su patria y la justicia jurada de los dioses, feliz sea en su patria; sin patria sea el que llevado de la insolencia vive en la injusticia. Jamás sea huésped mío ni sienta como yo quien tal hiciera»).

4. LAS «LEYES NO ESCRITAS

La actualidad de todas esas ideas que Sófocles ha puesto en boca de los ancianos de Tebas que forman el coro de esta tragedia, es innegable; pero no se agota en lo visto hasta ahora. Cuando colocamos este canto en el conjunto de la tragedia la situación se complica y surgen nuevos problemas muy actuales. Los ancianos no lo sabían al cantar ese *estásimo*, pero la que ha hecho eso que ellos han considerado como un mal ha sido Antígona, de la que se ha podido decir con razón que es la figura moral más hermosa de todo el teatro griego¹³.

Para los ancianos del coro obrar contra las órdenes de quien gobierna es *ipso facto* malo. Para Antígona hay algo más profundo, que da al hombre la posibilidad e incluso la obligación de obrar contra órdenes injustas. Con toda claridad lo ha expresado ella frente al tirano, que no puede comprender como se ha podido atrever a quebrantar esa prohibición a sabiendas¹⁴. Para Antígona es claro que la prohibición del tirano no procede ni de Zeus ni de la Justicia, y no puede pensar que un hombre mortal pueda tener poder alguno contra otras leyes «no escritas», que tienen un origen divino y no han comenzado hoy ni ayer, sino que han estado siempre en vigor y lo seguirán estando también en el futuro. Aunque le cueste la vida, jamás cometerá ella la impiedad de quebrantarlas por miedo a los hombres¹⁵.

Así piensa Antígona y sus palabras nos obligan a añadir algunas precisiones a lo que ya hemos visto anteriormente. Sigue siendo verdad que la problematidad más radical de la existencia humana está en la posibilidad de obrar el bien o el mal, pero eso no coincide necesariamente con la posibilidad de cumplir o quebrantar las órdenes de los que gobiernan, como parecen pensar los ancianos del coro. Por el contrario, cuando se trata de órdenes impías, negarse a obedecerlas es el único modo de obrar bien. En este punto Sócrates coincide con Antígona. Quien no tuvo dificultad en admitir la misma pena de muerte, cuando eso no suponía injusticia alguna personal de su parte, se negó a aceptar

¹³ Ella misma declara que «no he nacido para compartir odios sino amores» (523).

¹⁴ 444-449. Se trata de la prohibición de practicar los ritos religiosos con uno de sus hermanos muerto luchando contra su patria.

¹⁵ 450-460.

una decisión injusta de la asamblea y a cumplir una orden injusta de los 30 tiranos¹⁶. Por encima de todas las leyes y de todas las autoridades humanas está la obligación incondicional de no obrar lo que se cree malo y esa obligación tiene un origen profundamente misterioso, que tanto Antígona como Sócrates piensan ser divino.

Por otra parte, la verdadera justicia no se ve necesariamente reconocida como tal en esta vida, y ese es otro de los puntos importantes que podemos ver en Antígona, condenada a muerte por haber practicado la justicia en contra de la orden impía del tirano y sin nadie que salga en su defensa mientras todavía hay tiempo para salvarla. Eso puede suponer crisis internas para quien ha practicado la justicia y se ve condenado por ello. Así sucedió a Antígona, pero al fin consiguió ella superar la crisis y terminó su vida declarando con confianza que muere «por haber practicado la justicia»¹⁷.

Sobre este punto tuvo que discutir ampliamente Platón contra las tendencias vulgares de quienes pensaban que lo más importante era no *ser bueno*, sino *parecerlo*, y trataban de evitar a toda costa ser ellos víctima de la injusticia ajena, y cultivaban para ello el arte de hablar de modo convincente, fuera verdad o no lo fuera lo que ellos defendían. Para Platón lo importante es ser uno bueno, aunque no lo reconozcan los demás, y lo que hay que evitar incondicionalmente es cometer uno la injusticia¹⁸. Más aún, considera como la suprema desgracia poder cometerla impunemente¹⁹, y ni siquiera considera como lícito hacer mal a quien nos lo ha hecho o cometer injusticias contra quien nos ha tratado injustamente²⁰.

5. COMPLEJIDAD INTERNA Y UNIDAD SUSTANCIAL DEL SER HUMANO

La realización de ese ideal es ciertamente difícil y existe el peligro de renunciar a él, como si se tratara de un mero sueño irrealizable. Platón ha reconocido la existencia de esa dificultad y de ese peligro²¹ y ha vis-

¹⁶ *Apología*, 32b-d.

¹⁷ *Antígona*, 943.

¹⁸ *Gorgias*, 469b.

¹⁹ O.c., 472e.

²⁰ *Critón*, 49a-c.

²¹ O.c., 49d.

to su origen en la complejidad de la psicología humana y en el descuido de establecer en el interior de uno mismo el debido orden, condición necesaria para llegar a ser verdaderamente lo que uno es.

No se necesita un examen muy profundo del propio ser para darse cuenta de la diversidad de tendencias que tiene. Por otra parte, todas ellas, a pesar de su diversidad, son tendencias de un mismo ser. Dejada sin control alguno, la diversidad de tendencias puede poner en peligro la unidad existencial del propio ser, y en el hombre la unificación orgánica de las diversas tendencias que tiene no se realiza de un modo meramente natural o meramente instintivo, como sucede en las plantas o en los animales, sino que en último término es una misión personal, que tiene que realizar uno mismo libre y responsablemente.

La tendencia natural del hombre está ciertamente dirigida al bien y sólo amamos o deseamos cosas que nos parecen buenas de alguna manera; pero por experiencia sabemos que se da una gran diversidad de bienes y que no todos son igualmente deseables. Incluso respecto del placer es evidente que hay placeres que privan de otros mayores o que son causa de grandes sufrimientos posteriores. Por eso ha sido posible a autores como Epicuro, que considera el placer como fin de la vida humana, terminar proponiendo una doctrina que exige el sacrificio de muchos placeres. Sólo quien limite su atención al solo placer que actualmente le atrae podrá creerse libre de la necesidad de renunciar a nada. Pero para ello tendrá que olvidar la continuidad temporal del ser humano, que se ve obligado a reconocer el propio pasado y el propio futuro como aspectos esenciales del propio ser. Sin tener en cuenta el pasado y el futuro es imposible realizar verdaderamente lo que uno es, y quien lo tiene presente se ve obligado a reconocer que no todo placer es igualmente deseable, es decir, aun desde el punto de vista del placer se ve obligado a relativizar los placeres actuales. Pero el placer es tan solo un aspecto de la existencia humana y el problema más profundo lo encontramos en los conflictos entre lo que nos agrada y lo que se nos presenta como moralmente obligatorio.

De modo simplificado, pero esencialmente exacto, ha notado Sócrates en el primer discurso que Platón le hace pronunciar en el *Fedro*²², que el hombre se siente movido por una doble fuerza: por el deseo innato del placer y por el deseo racional del bien, y ha notado además que esas dos fuerzas pueden trabajar en la misma dirección y pueden también hacerlo en direcciones contrarias. En el primer caso no surge pro-

²² *Fedro*, 237d-238a.

blema alguno y quien así obra puede fácilmente realizar con alegría el bien debido. En el segundo, en cambio, se da un conflicto que hay que resolver de alguna forma. Y según la parte que triunfe, será distinta la actitud humana del sujeto y Platón no duda en aplicar el nombre de virtud al caso en que el deseo instintivo de placer se ve dominado por el deseo racional del bien, y el de vicio al caso contrario. La misma diferencia se expresa en lenguaje ordinario cuando hablamos de tener dominio de sí mismo o de ser incapaz de dominarse a sí mismo.

Tanto el deseo de placer como la invitación racional a realizar el bien es algo que surge en el propio interior y cualquiera que sea la elección que hagamos, siempre será uno mismo el que domina y se ve dominado. Es imposible dominarse a sí mismo sin ser *ipso facto* dominado por sí mismo y lo mismo hay que decir de vencerse a sí mismo, que tiene que significar al mismo tiempo ser vencido por sí mismo. Por otra parte es evidente que dominarse o vencerse a sí mismo se usa en buen sentido como algo digno de alabanza y verse dominado o vencido por sí mismo significa una actitud reprobable. Esta diversidad fundamental de sentido sólo se entiende, si en el hombre hay algo que debe ser dominado y algo que tiene la misión de dominar rectamente a lo que debe ser dominado y que lo que tiene la misión de dominar es lo que merece de modo especial que nos identifiquemos con ello. Así lo ha visto Platón en la célebre imagen del auriga y los caballos en el *Fedro*²³, donde el auriga representa a la parte racional del alma y los dos caballos a la parte concupiscible y a la irascible. Estas dos últimas tienen que ser dirigidas rectamente para obrar bien y en caso necesario tendrán que ver duramente reprimida su rebeldía hasta que domesticadas ya sigan con gusto los deseos del auriga. De un modo semejante ha desarrollado estos mismos pensamientos en el libro IX de la *República*²⁴ para responder a quienes piensan que la injusticia aprovecha a quien siendo perfectamente injusto tiene fama de justo. Mientras que los que así piensan sólo miran las cosas desde fuera, Platón dirige su mirada al interior del hombre y trata de poner al descubierto lo que se encuentra oculto. De ese modo puede hacer ver con claridad lo que produce la injusticia en quien la practica: someter más y más su vida humana al dominio de las pasiones, esclavizando y privando de alimento a lo que debe gobernarlo todo para poder vivir como corresponde a un ser racional. En cam-

²³ *Fedro*, 246a.

²⁴ *República* IX, 588b-500d.

bio, la justicia da a cada parte lo que le corresponde, estableciendo el debido orden en el interior del hombre y en todo su modo de obrar.

6. LA VIDA TERRENA COMO TAREA INACABADA

La misión de realizar el propio ser se manifiesta de modo concreto como exigencia de obrar bien en casos particulares, pero últimamente nos obliga a superar esos límites y tratar de ser con perfección y de modo definitivo lo que somos. Quien siente vitalmente como una derrota del hombre el triunfo irracional de las pasiones y como una victoria el someterlas del modo debido al dominio de la razón ve en esas experiencias una manifestación de lo que debe ser el hombre y no simplemente de lo que ha debido hacer en esos casos. Aceptarlo así de verdad debe traer consigo naturalmente la desaparición de todo conflicto y de toda necesidad de luchar contra tentaciones contrarias. Pero eso es difícil para el hombre en las condiciones actuales de la vida humana y se puede dar una aceptación sincera pero imperfecta, que deje lugar para dificultades y luchas reconocidas como tales. De quien vive en medio de esa lucha no se podrá decir que haya realizado ya con plenitud el propio ser, pero sí se podrá decir que está tratando con sinceridad de realizarlo y que es lo que en las circunstancias actuales puede y debe ser, a saber, un ser imperfecto llamado a la perfección. Algo de eso se da en la vida de todo hombre en este mundo. Como *homo viator*, mientras está de camino, tiene siempre por delante una tarea inacabada.

Ya durante la vida terrena, quien trata de ser verdaderamente lo que es, tiene que aceptar la realidad del propio ser temporal en cuanto tal y eso significa que en sus decisiones y actitudes debe entrar en el mayor grado posible todo su pasado y todo su futuro. Lo contrario sería tratar de vivir como si fuera un ser sin pasado ni futuro y no como lo que es en realidad.

La aceptación del propio pasado significa la obligación de hacerlo fructificar en lo que se lo merece y de corregir y reparar lo que debe ser corregido o reparado. La del futuro, por otra parte, significa la obligación de ir preparándole nuevas posibilidades y darle con la mayor profundidad y solidez posibles una orientación digna de un ser libre y responsable. Procurar que en adelante la realización del bien resulte más fácil y la del mal más difícil es la única manera de asumir del modo debido el futuro en el presente, sin que eso signifique determinar ya de una vez todo lo que habrá que ir realizando en el futuro, como si a éste

sólo le quedase el desarrollo mecánico de lo ya decidido. Al futuro humano en este mundo siempre le quedará la posibilidad y la obligación de tomar decisiones nuevas; pero marcar para ello líneas directivas y procurar que no sea fácil apartarse de ellas es misión fundamental de todo presente humano digno de tal nombre.

Aun dentro de un marco limitado es evidente la importancia del pasado y del futuro para el presente humano. Lo que podemos en el presente es lo que nos ha hecho posible el pasado y lo que podremos en el futuro depende de lo que hagamos en el presente. Uno puede hablar una lengua extranjera en el presente, si la ha aprendido en el pasado y podrá llegar a dominar otra nueva en el futuro, si se toma el trabajo de aprenderla en el presente. Y en una infinidad de sentidos el *homo viator* sólo puede partir en el presente del punto a que ya ha llegado previamente y sólo podrá encontrarse en el futuro en el punto a que se ha dirigido en el presente.

Para realizar la misión humana fundamental con conocimiento, libertad y responsabilidad tiene uno que tener siempre en cuenta dónde se encuentra, de dónde viene y a dónde va. Las respuestas limitadas a estas preguntas pueden bastar para muchas cosas, pero en último término son insuficientes para resolverlas definitivamente y por eso el ser del hombre nos obliga a enfrentarnos de modo radical con ellas. Tratar de encerrarse definitivamente en lo relativo e intrascendente sería negarse a realizar la misión fundamental del propio ser humano. Tomado con toda radicalidad el presente en que me encuentro abarca todo lo que me veo obligado a reconocer como real. Pero, sea la que sea la amplitud que tenga, el mundo real en que yo me encuentro me plantea la pregunta radical sobre su fundamento suficiente, por una parte, y sobre su fin último, por otra. No tomar en serio estas preguntas radicales sería olvidar uno de los aspectos más profundos del ser humano, su apertura radical a lo trascendente y absoluto, primero como pregunta y después como posible respuesta.

7. REFLEXIONES FINALES

Con profunda admiración nos vemos obligados a reconocer como un hecho innegable la propia existencia y la del mundo concreto en que existimos. Más profunda aún es nuestra admiración cuando nos damos cuenta de que somos nosotros mismos quienes tenemos que realizar el propio ser libre y responsablemente. El propio ser no es algo estático,

que simplemente existe de un modo determinado, sino que es algo que conoce la propia existencia y sabe que no se agota en el presente. Por otra parte el fluir de la propia experiencia no es simplemente algo que sucede al sujeto, sino que en muchos aspectos es algo que depende de la propia libertad del sujeto. Al mismo tiempo esa libertad no es absoluta, ni siquiera respecto de lo que es físicamente posible, sino que tiene límites morales que deben ser aceptados libremente. En general se da la obligación de aceptarse como somos con todas sus consecuencias. Para hacerlo de verdad tenemos que reconocer la importancia definitiva de los valores morales, tanto frente a otras tendencias del propio ser, como respecto de las exigencias, individuales o colectivas, de los demás. Tenemos además obligación de disponer del propio ser con toda la profundidad sustancial que tiene y, por tanto, incluyendo sin limitación alguna todo su pasado y todo su futuro. Sólo cuando su decisión por el bien sea ya total y definitiva podrá decir con verdad que ha realizado lo que su propio ser le estaba exigiendo desde el principio.

Tanto el carácter inacabado de la perfección moral del hombre mientras vive en este mundo, como la falta de correspondencia perfecta entre justicia y felicidad e incluso entre ser y parecer, está indicando que el hombre en este mundo es una tarea a medio hacer y que su perfecta realización hay que buscarla más allá de los límites de la vida terrena. Hoy se quiere prescindir con demasiada facilidad del problema de una vida más allá de la muerte, pero sólo con ese horizonte se puede entender verdaderamente la vida que acaba con la muerte. La diferencia radical de una actitud y otra la ha notado con profundidad S. Agustín cuando ha visto a los ciudadanos de la ciudad terrena tratando de vivir sólo en la realidad tangible de la felicidad mundana y a los de la ciudad celeste en la esperanza de la felicidad perfecta²⁵.

²⁵ *Ciudad de Dios* XV, 17 («civitatem terrenam [...] non peregrinantem in hoc mundo, sed in eius temporali pace ac felicitate quiescentem [...] ubi nihil speratur amplius quam in hoc saeculo cerni potest»), y 18 («hominum societatem, quae non secundum hominem in re felicitatis terrenaе, sed secundum Deum vivit in spe felicitatis aeternaе»).